

# La estrategia de la distracción

JESÚS PRIETO MENDAZA  
ANTROPÓLOGO Y PROFESOR

Al oír que piden «soluciones humanitarias para con los presos» no debiéramos olvidar su falta de humanidad. No hablamos de la ‘vía Nanclares’, sino del EPPK

**D**ecía Noa Chomsky que existen diez estrategias de manipulación que son realmente eficaces. Bien podría decirse, observando la realidad vasca, que aquí se aplican, con éxito evidente, muchas de las estrategias citadas por el famoso lingüista. Una de las más evidentes, para mí, es la conocida como «estrategia de la gradualidad»; que consiste en reivindicar algo con cuentagotas, de forma reiterada, una y otra vez, hasta que penetre en el discurso social. Así los presos por delitos terroristas, no son tales, sino «presos políticos», víctimas también de un supuesto conflicto vasco que les obligó a tomar las armas. La otra, no menos repetida, es la «estrategia de la distracción», que consiste en desviar la atención de la sociedad sobre lo que se pretende en el fondo —diluir las responsabilidades existentes en el mantenimiento de un proyecto totalitario asentado en el terror y la sangre— para que, mediante la técnica del diluvio constante, sea cautivada por otro tema, fácilmente aceptable: la cuestión del sufrimiento de los encarcelados y de su necesaria excarcelación por el bien del proceso de paz. Quienes no acepten estos postulados serán claramente estigmatizados, señalados por dos pecados deleznales: desear venganza y estar en contra de la paz.

En un reciente artículo de opinión (EL CORREO, 27-11-2015) firmado por dos reconocidos portavoces de la red Sare, se alude a la falta de reconocimiento a «todas las víctimas», señalando a los presos de ETA como víctimas de una prisión injusta, pues «siguen padeciendo las consecuencias de una política que genera sufrimiento, dolor e injusticia». Se alude también, a la necesidad de derogar una «legislación excepcional» y para ello es necesario «diálogo en vez de venganza». En la misma línea, un parlamentario vasco de Bildu comparó en el Tribunal Especial de lo Criminal de París que juzgaba a los asesinos del gendarme francés Jean-Serge Nérin, los mismos que declararon allí mismo que «estamos secuestrados en la cárceles de exterminio de Francia». Ante los presentes, se presentó como «experto en Derechos Humanos», intentó explicar que el asesinato de un ciudadano francés hay que tomarlo en su contexto, puesto que «la vulneración de derechos en Euskadi explica el recurso a las vías violentas». Además de esto también realizó un alegato a favor de las «víctimas del conflicto» allí juzgadas y pidió la vuelta de presos, refugiados y exiliados, presentados así, de forma implícita, como víctimas sufrientes de una violencia injusta de los estados español y francés. Quizás sea necesario recordar, una vez más, que al pedir «soluciones humanitarias para con los presos» no debiéramos olvidar su profunda falta de humanidad. No hablamos de presos acogidos a la denominada ‘vía Nanclares’, sino que nos referimos a terroristas agrupados en el colectivo conocido como EPPK, que han manifestado en nume-

rosas ocasiones su rechazo a colaborar con la justicia para esclarecer casos sin resolver, así como a mostrar arrepentimiento alguno. ¿Acaso es más excepcional la situación de prisión de un asesino que el asesinato cometido por él? ¿Puede resultar más vengativo el deseo de justicia de una víctima que el tiro en la cabeza descerrajado a su familiar por el victimario?

Aitzol Gogorza, dada su enfermedad, por supuesto que debe ser tratado con humanidad y, quizás excarcelado; pero nunca ocultando su acción terrorista, que en eso consiste su categorización como «preso político», y poniendo en un primer plano lo realmente excepcional y horrible: que no tuvo ningún reparo en disparar contra el funcionario de prisiones Juan José Baeza, padre de tres hijos. Y es que ese hecho no puede dulcificarse bajo el paraguas del «conflicto», para travestir al asesino en víctima de una violencia injusta.

Jesús María Zabarte, más conocido como ‘Carnicero de Mondragón’, ha sido durante años una de las caras más conocidas entre la iconografía de las distintas asociaciones que reivindicaban en sus manifestaciones el fin de la dispersión, la excarcelación o la amnistía. El día 14 de septiembre de 1982, este hombre ametralló junto a sus compañeros de

comando a seis policías. Uno de ellos, Antonio Cedillo, quedó mal herido y fue recogido en su pequeño camión por un vecino de un caserío cercano que optó por llevarlo a un hospital. Cuando apenas llevaban recorrido un kilómetro, los etarras que habían huido salieron al paso y obligaron al conductor a parar, tras comprobar que transportaba al policía herido, no dudaron en asesinarlo a sangre fría.

Al día siguiente de la masacre, el sargento de la Policía Nacional Julián Carmona Fernández, casado y padre de tres niños, se suicidaba disparándose un tiro en la sien, en presencia de varios de sus compañeros y del general Félix Alcalá-Galiano, en las dependencias del Gobierno Civil de Gipuzkoa. Meses más tarde, el 30 de marzo de 1982, participó Zabarte en el secuestro y torturas del doctor Ramiro Carasa Pérez, al que él mismo dio un tiro en la nuca tras atarle las manos a la espalda. Su historial se completó con el asesinato de otras catorce personas más, entre ellas el niño José María Piris. Este pistolero, que ya está en la calle, ha dicho públicamente que él no se arrepiente de nada. ¿Es el terrorista acaso una víctima de la política de excepcionalidad o lo excepcional, lo trágicamente excepcional debe ser su acción victimizadora? Ya lo decía Hannah Arendt, «el reparto general de la culpa contribuye en estos casos a la exoneración de los responsables: el todos culpables se convierte en nadie es culpable».

Aldous Huxley lo anunció, «una verdad que no interesa, puede ser eclipsada por una falsedad emocionante». Eso es, y no otra cosa, la estrategia de la distracción.



◻◻ ALEMÁN AMUNDARAIN